CAPÍTULO CIV. *Del fin y muerte que tuvieron el rey Quauhtemoc de Mexico y los otros dos de Tetzcuco y Tlacupan*

PORQUE NO ES MI INTENCIÓN tratar de toda la conquista que se hizo en este nuevo mundo (que esto dejo para Gómara y Antonio de Herrera, que lo tratan), sino de sola aquella parte que incluye lo que se hizo de esta ciudad mexicana, desde sus principios hasta estos fines dichos porque de ella pende el intento que traigo de tratar de su conversión y cosas sucedidas en su cristianismo, quiero decir el fin que tuvo su rey; porque el que por este libro supiere el fin del imperio mexicano, sepa también el que tuvo su último monarca y rey y los otros reyes que gobernaban estos grandes y espaciosos reinos.

El año de mil y quinientos y veinte y cinco fue Fernando Cortés contra Christóbal de Olid (que se le había substraído de su obediencia) a las Hibueras, que es aquella parte que ahora se llama Honduras y llevóse consigo al rey Quauhtemoc de Mexico y los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupan, con otros muchos señores, temiendo dejarlos en sus reinos y que viéndolo ausente se volviesen a rebelar y alzar con lo ganado, pareciéndole fácil el hecho, por ser señores naturales y los indios fáciles en obedecerles. Y dice Gómara y Antonio de Herrera, que le sigue en lo mismo, que llevaba tres mil indios de servicio y carga. Iba Quauhtemoc afligido con verse preso y con guarda, y como tenía alientos y pensamientos de rey y veía a los españoles muy lejos de el socorro, flacos de el camino y metidos en tierras que no sabían, pensó matarlos por vengarse de ellos, en especial de Cortés que lo llevaba preso y había sido el que le había quitado su reino, y volverse a Mexico, apellidando libertad y alzarse por rey, como solía serlo. Dio parte a los otros reyes y señores y avisó a Mexico, para que a un mismo día matasen también ellos a los españoles que aquí habían quedado, pues no eran sino doscientos y no tenían más de cincuenta caballos y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer, como supo pensarlo, había pensado bien; porque Cortés llevaba pocos y también eran pocos los que quedaban en Mexico y éstos muy mal avenidos; la causa de haber tan pocos era haber ido con Pedro de Alvarado algunos a la conquista de Quauhtemallan; y con Casas, otros a las Hibueras, y otros a la voz de las minas que se habían descubierto en Mechoacan.

Los indios de Mexico (dice Gómara) que se concertaron para en viendo descuidados o asidos los españoles, acometerlos; y para ejecutarlo al segundo mandamiento de Quauhtemoc, hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas y, como eran más y con más frecuencia que antes, tomaron sospecha los nuestros y preguntaron la causa. Recatáronse de ellos, y dice aquí Gómara que no sabe si por indicios o por certificación que tuviesen; y con estas sospechas salían siempre armados, y aun yendo a las procesiones llevaban junto de sí los caballos.

Estando en este estado las cosas, un indio, llamado Mexicatzincatl (que después de cristiano se llamó Christóbal) descubrió a Cortés la conjuración y trató de Quauhtemoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le ordenaban la muerte. Cortés se lo agradeció mucho y prometióle grandes mercedes y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel, sin que uno supiese de otro. Preguntóles, cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba, como se lo habían dicho ya otros; era tan cierto (según Cortés decía) que no podían negarlo; y así confesaron todos que Quauhtemoc y Cohuanacotzin y Tetlepanquetzaltzin habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban de ello, que no habían consentido de veras, ni se habían hallado en la consulta y que obedecer a su señor y desear cada uno su libertad y señorío no era mal hecho, ni pecado y que les parecía que nunca podrían tener mejor tiempo, ni lugar para matarle, por tener pocos compañeros y ningún amigo y que no temían mucho a los españoles que estaban en Mexico, por ser nuevos en la tierra y no usados a las armas y muy metidos en bandos y guerras (de que Cortés tomó mala sospecha) y que pues los dioses no lo querían, que los matase, que allí estaban a su voluntad y mandado. Tras esta confesión, les hizo proceso y dentro de breve tiempo se ahorcaron, por justicia, Quauhtemoc rey de Mexico, Cohuanacotzin rey de Tetzcuco y Tetlepanquetzaltzin rey de Tlacupan y otros; y para castigo de los que quedaban, bastó el miedo y espanto que les puso este hecho.

Esto dicen estos dos historiadores. Pero lo que yo he visto en una historia tetzcucana (escrita en lengua mexicana, que la tengo por verdadera porque en otras cosas que en ella se dicen he hallado mucha puntualidad y verdad) es, que yendo Cortés esta jornada y llevando consigo estos reyes y señores, llegaron a cierto lugar donde se alojaron; y estando ya recogidos todos y estos indios hablando de sus sucesos, dijo Cohuanacotzin, rey de Tetzcuco a Quauhtemoc y a Tetlepanquetzaltzin y otros: veis aquí, señores, que de reyes somos hechos esclavos y tantos días ha que nos trae tras sí Cortés y estos pocos de cristianos que con él vienen; y si nosotros fuéramos otros y no miráramos a la fe que debemos y a no inquietarnos, bien pudiéramos hacerles una burla, que se acordaran de lo pasado y de haberle quemado los pies a mi primo Quauhtemoc (esto decía por el tormento que le dieron cuando buscaban el tesoro que faltaba y todos los de Motecuhzuma). A esto respondió Quauhtemoc: dejad señor Cohuanacotzin esa plática, no se entienda y piensen que lo tratamos de veras.

Esto es lo que pasó y como las paredes tienen oídos y no hay cosa, por secretamente que se trate, que por algún resquicio no se asome a la plaza, fue la ventura de estos pobres, que oyó esta razón un indio mexicano, villano y plebeyo y fue con ella a Cortés; y como para creerlo había menester poco, por lo menos que se aseguraba de ellos, creyólo por verdad y consultándolo con los suyos, fuelos ahorcando aquella noche de un árbol que llaman pochotl, que los castellanos llaman ceiba, que es muy grande y muy copado. Aquí amanecieron todos estos tres reyes colgados y otros cinco señores con ellos, que debieron de ser de la consulta o comprehendi-

dos en los recelos y temores que Cortés tenía concebidos de ellos. De esta manera murieron estos reyes y Cortés quedó descargado de ellos. Era Quauhtemoc hombre valiente y en todas sus adversidades tuvo ánimo real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia de el cerco; y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron y en el tormento que le dieron, quisieran algunos que Fernando Cortés le guardara para gloria y triunfo de sus victorias; pero veíase en tierras extrañas y muy trabajosas; y parecíale que era grave carga el cuidado de guardarle en tal tiempo; y según lo dicho, si a mí me preguntasen la causa de esta su muerte, diría que fue ésta; y no querer Cortés andar con él tan sobresaltado y cuidadoso con él y con los otros reyes que llevaba en su compañía y no pienso que fue quererse alzar estos tristes indios con la tierra, y más en ocasión que ya los señoríos estaban divididos. Séase lo que se fuere y dejémoslo a Dios, que lo sabe todo; lo que de cierto se sabe, es que esta justicia se hizo por carnestolendas, de el año de mil quinientos y veinte y cinco, haciendo Cortés esta jornada a las Hibueras contra Christóbal de Olid. Antes que saliese de Mexico, honraba mucho Cortés a Quauhtemoc, porque por él y el amor que le habían cobrado, después que era su rey, hacían mucha estimación de Cortés y era servido y respetado, como lo fue antes su antecesor Motecuhzuma; y por recibir el capitán esta honra que todos hacían a este rey, le llevaba siempre consigo, así a pie como a caballo, todas las veces que salía por la ciudad y pueblo. Fue ésta, justicia que se hizo de él y de los otros, que con él fueron ahorcados en Yzancanac. Herrera dice que fueron los ahorcados los tres reyes solos y yerra el nombre de el uno; pero la verdad es que ahorcaron los ocho que aquí van referidos.

CAPÍTULO CV. *De cómo feneció esta monarquía mexicana cuando estaba en su mayor pujanza; y se prueba en él, deberse a sólo Dios esta conquista hecha por Cortés y sus compañeros*

NTRE TODAS LAS MONARCHÍAS DE EL MUNDO fue también muy celebrada la de Israel y aquella famosa ciudad de Jerusalén, donde tantos misterios se obraron, tantas promesas se hicieron y tantas grandezas se gozaron, y al cabo hubo de llegar a tener fin, como todas, cuya ruina y acabamiento profetizó Moisén en el capítulo treinta y dos de el *Deuteronomio*,[1] donde después de haberla engrandecido, dice que juntaría Dios males sobre ella y sobre todos sus moradores; lo cual dice por estas palabras: haré agregación y junta de males sobre ella; y todas aquellas cosas que anteceden a estas palabras, fueron amenazas para retraerla de las culpas; pero cumplidas después, como se puede ver por todo el capítulo, porque a ninguno se perdonó en la captividad caldaica, como nota Hugo Cardenal, y para

[1] Deut. cap. 32.